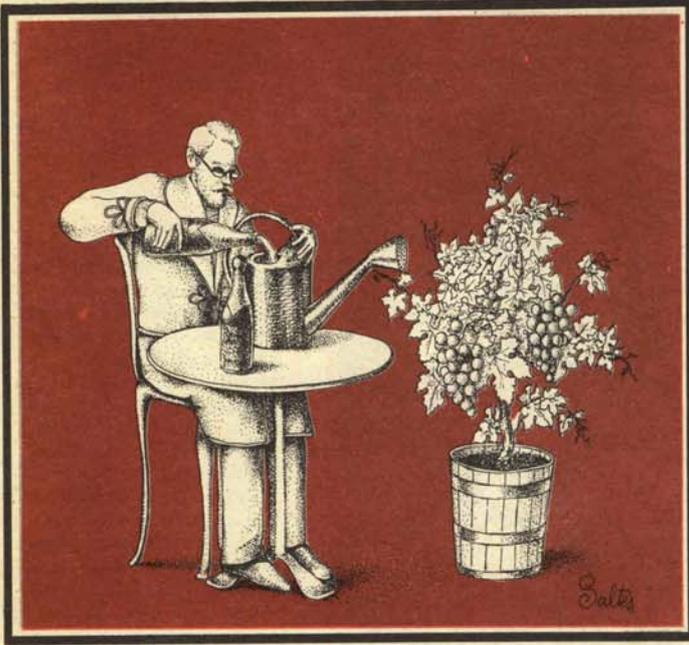




MENTIDERO IBERICO



En la última edición del popular concurso radiofónico «Su sueño hecho realidad» ha resultado vencedora doña Rosario Santimén Tragero, de ochenta y siete años de edad. La citada señora ha promovido un tremendo escándalo al declarar que la ilusión de toda su vida es aparecer como Dios la trajo al mundo en las páginas centrales de la revista «Play-boy». Doña Rosario ha declarado que demandará a la emisora si no cumple lo prometido en el concurso.

Ha fallecido el periodista Rafael Damasquinos Royo a causa de las treinta y seis ráfagas de ametralladora que le disparó el escritor Gonzalo Galleta en una céntrica cafetería. El señor Galleta declaró al ser detenido: «Ya estaba harto de que ese tipejo me insultara llamándome "bestia parada" y "Diego Ramírez"».

* * *

Don Onofre Tachón Infiesta ha sido nom-

brado hijo adoptivo de Villatoma del Legaño. El señor Tachón está muy considerado, gozando de pensión vitalicia, desde que la actriz Sofía Loren rodó unas escenas en parajes de aquella comarca por el año 1962. Al parecer, don Onofre aprovechó un tumulto en torno a la diva italiana para —ante todo el pueblo— darle un refregón de los que hacen época.

AGENCIA PAM



Mi tío Arturo era tonto; más que tonto, era testarudo. Decía él que por encima de todo estaba su voluntad y que no le gustaba dar su brazo a torcer. Y hacía bien en decir brazo, porque sólo tenía uno, precisamente por testarudo.

Todas las tardes, al volver del trabajo, cruzaba el zoológico. Entraba por la puerta de Menéndez Pelayo y salía por la del paseo de Coches del Retiro. Le había arreglado al guarda de la puerta la rueda de una carretilla, y el guarda, agradecido, le dejaba cruzar sin cobrarle la entrada.

Mi tío Arturo se paraba todos los días delante de la jaula del león. Un león viejo, que no conocía la selva ni de oídas. Lo había parido allí mismo una leona que había muerto de aburrimiento, hija a su vez de un viejo león capturado en inferioridad de condiciones debido a un ataque de lumbago.

El león nieto, pero viejo, se pasaba la vida dando vueltas y más vueltas en aquella jungla de baldosines con olor a pis. Se sabía que era un león por el cartel que había sobre la jaula, pero ni rugía ni nada. De todas formas, era un león, y como león que era, tuerco o derecho, tenía su mala leche.

Mi tío Arturo era testarudo. Se había empeñado en darle al león una empanada, a pesar de haberle advertido que esto era peligroso. Insistió varios días, hasta que el león, quizá por presumir delante de los niños de un colegio de huérfanos que estaban de visita, se quedó con la empanada y el brazo de mi tío Arturo. Pero mi tío Arturo era tan testarudo, que salió del sanatorio y lo primero que hizo fue comprar otra empanada para el león. Por suerte, el león había sido trasla-

dado a un zoológico de provincias; de no ser así, mi tío Arturo no tendría ese brazo que él no quiere nunca dar a torcer.

* * *

Mi tío Aníbal era muy precavido. Ya de niño, nunca tomaba ningún alimento lácteo sin antes hacer un análisis a fondo del biberón o de la nodriza, depende de si biberón o teta. De mayor, cuando ya tenía bigote y una esposa que se llamaba Joaquina, y que también tenía bigote, mi tío Aníbal se compró un automóvil. Como mi tío Aníbal era muy precavido, antes de cruzar una calle paraba su coche, se apeaba y acercándose a la calle que iba a cruzar, se asomaba a ver si venía otro automóvil, y sólo cuando se cercioraba de que no venía ninguno, subía en su coche y cruzaba la calle, haciendo sonar fuertemente la bocina para más seguridad. Cuando mi tío Aníbal pasaba cerca de un parque, paraba su automóvil, se acercaba a las señoras que tomaban el sol, les daba una tarjeta, y después de presentarse decía:

—Señora, me llamo don Aníbal Gila y estoy pasando por esta calle con mi automóvil; tenga cuidado de que su niño no cruce, porque no quisiera atropellarle con mi auto, que es aquél.

Y solamente cuando la señora sujeta al niño, mi tío Aníbal subía en su coche y proseguía su camino.

Cuando paraba en alguna calle, antes de aparcar su coche se apeaba, sacaba una cinta métrica del bolsillo, tomaba las medidas del hueco y luego tomaba las medidas del automóvil, y sólo si tenía margen suficiente aparca su coche en aquel hueco.

Antes de dar una limosna a un pobre se informaba si, efectivamente, era de origen humilde. Después llevaba al pobre a que le hicieran unas radiografías de estómago, y cuando ya las habían revelado y estaba seguro de que el pobre no había comido nada, le daba una peseta.

Fue una pena que mi tío Aníbal fuese tan precavido y tan meticuloso, porque uno de esos días que tomaba medidas para aparcar su automóvil, pasó un camión de mudanzas y le dejó convertido en una alfombra. Descanse en paz.

